



RECREO, MORALIDAD, INSTRUCCION.

LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES.

PRECIOS

PRECIOS

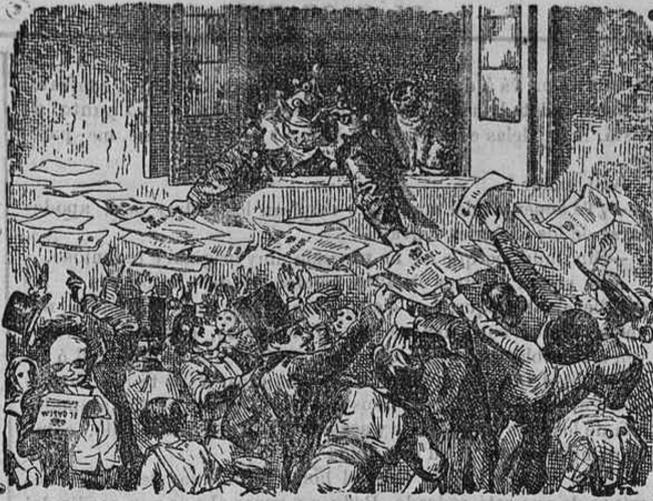
MADRID.	
Tres meses.	9 rs.
Seis id.	16 »
Un año.	30 »
PROVINCIAS.	
Tres meses.	10 rs.
Seis id.	18 »
Un año.	34 »

EXTRANJERO.	
Tres meses.	22 rs.
Seis id.	38 »
Un año.	74 »
Francia. — Pueden hacerse las suscripciones enviando á esta Administracion el importe en sellos franceses del correo.	
Se suscribe en la Habana: Propaganda literaria, calle de la Habana, núm. 100.	
AMÉRICA.	
Seis meses.	38 rs.
Un año.	70 »
FILIPINAS.	
Seis meses.	60 rs.
Un año.	100 »

NÚMERO SUELTO, DOS CUARTOS.

IMPRENTA.

Independencia, 2, bajo, izquierda.



DIRECCION Y ADMINISTRACION.

Plaza de Celenque, esquina á la del Arsenal.

EL CASCABEL.

El programa, los principios y los fines de EL CASCABEL, se encierran simplemente en el propósito de ponerse al gato.—Lo que fuere sonará.

COSAS DEL DIA.

Los progresistas de la situacion, es decir, los empleados, siguen en sus trece y el pais en sus catorce.

Ellos empeñados en que el duque de Génova ha de hacer nuestra felicidad.

Y nosotros cada vez mas tercios en que no lo tragaremos mas que á la fuerza, si hay alguno bastante insensato para intentarlo, y bastante poderoso para conseguirlo, y si la familia de ese sujeto es tan presumida é ignorante, y perdonen Vds. el modo de señalar, que le permite venir á ser rey de unos cuantos caballeros que cuando no comen del presupuesto están conspirando, y á vivir en una nacion donde nadie lo quiere.

El retrato de la criatura ha circulado por todo Madrid con una profusion digna de mejor causa, y hasta un ejemplar de gran tamaño se asoma por la noche á los escaparates de la librería de Durán, como si le diera vergüenza asomarse de día.

Y ¡qué cosas tan buenas se ocurren á todos á la vista del tal retrato!

El rostro del chico no tiene nada de particular mas que un gesto desdeñoso que parece que el pobre ha estado siempre entre progresistas.

Los *genoveses* dicen que es un línce, pero los periódicos de Londres nos han dado la grata noticia de que lo acaban de reprobado en los exámenes, lo cual no dice gran cosa en favor de su aplicacion ni de su talento.

La verdad es que lo único notable que hay en su persona son sus orejas, que nos parecen de marca mayor, y nos hacen temer que el general Prim y sus amigos, en lugar de un Salomon, quieren darnos un Midas por monarca.

Esto unido á las cosas que se cuentan de su familia, al matrimonio morganico de su señora madre, etc., etc., hacen que tan desdichada candidatura sea objeto de las burlas de todos, cosa que deporamos, como es consiguiente, pero no la podemos llorar.

Nosotros no creemos que D. Tomás llegue á ser rey de España, pero si por desgracia de nuestra patria sucediera, no es difícil pronosticar lo que ocurriría.

Estaría aqui ese jóven tres ó cuatro años sin que nadie le hiciera caso, con el vendria su mamá, con la mamá el conde Rapallo, y con el conde Rapallo una multitud de italianos que se apoderarian de todos los destinos que les dejara por caridad libres la tertulia progresista, es decir, de la mitad próximamente de los que hay en España, todo esto, hasta que hartos los españoles despidiéramos al rey, que se volvería á Italia con los millones que hubiera podido ahorrar para ir tirando.

No habia mas ventaja, sino que durante los tres ó cuatro años del reinado de D. Tomás los progresistas seguirian empleados.

Hemos supuesto que duraría tres ó cuatro años, pero lo probable es que no durase ni tres ó cuatro meses.

El chico no tiene en contra mas que á los enemigos de la revolucion de Setiembre, á los republicanos, á la masa general del pais que no pertenece á ningun partido, y al mas importante, mas fuerte y mas temible de los coaligados.

Con que la cosa no tiene malicia. Solo los progresistas son partidarios de ese colegial, cosa que no nos chocha, porque idea como esa solo ellos la tienen.

Lo que nos hace gracia es el empeño de los periódicos ministeriales de hacernos creer que toda España está entusiasmada con ese conato de rey.

Ellos, que se dicen tan amigos de la soberanía nacional, no tienen mas que someterse á una prueba, que pregunten al pais por medio del plebiscito, y si votan á Génova diez españoles no progresistas, declaramos que Ruiz Zorrilla es el hombre mas sábio de la tierra.

Por supuesto que en las Córtes aun no tiene mayoría la tal candidatura.

A duras penas la han votado ciento cincuenta y seis señores, entre los cuales hay unos veinticinco que no son diputados por hallarse sujetos á reeleccion, á causa de haber admitido destinos del gobierno.

De manera que la cosa vá muy despacio, y puede que tuviera

razon la *Discussion* al afirmar hace pocos dias, que decir que no se daría amnistia á los republicanos, hasta que el duque de Génova se sentara en el trono, equivalia á decir que no se les concedería nunca.

Como es natural, viendo que el gobierno tomaba en serio tal patochada, todos los enemigos de la revolucion se han animado. Y mas que todos los alfonsinos.

Anúnciase un manifiesto de la señora que fué nuestra reina, la cual abdica en su hijo, le entrega á una regencia liberal, y quiere que llegue con el tiempo á ser rey de los españoles.

No somos partidarios de esta candidatura, pero creemos que para no preferirla á la de Génova, se necesita estar loco ó ser progresista.

Nosotros defendemos á otro candidato que cierra por completo las puertas de la patria á las esperanzas de todos los pretendientes.

Este candidato, el señor duque de Montpensier, es tan preferible á todos los demás, que creemos inútil decir en su defensa, mas de lo que en otras ocasiones hemos dicho.

Una gran parte del pais comienza á mostrar las simpatías que le ha inspirado el hijo de Luis Felipe, el rey honrado, y de la reina Amelia, á quien santa llamaban y llaman los franceses.

¿Qué importa que no le quieran los que temen que les arrojará de los puestos que han escalado?

Antes de concluir debemos rectificar una noticia de la *Reforma* que dice que á los que firman exposiciones para que se elija rey al duque de Montpensier, se les dá una peseta ó medio duro.

Nuestro colega está mal informado. No es cierto: lo que se dá á los que firman es un pavo.

TIPOS Y COSTUMBRES.

LA SEÑORA DE PRONTO.

No crean Vds. que esta es una señora casada con un señor que se llama *Pronto*; es simplemente una señora casada con cualquiera que se llamará como su padre, segun costumbre.

Llamo yo *señora de pronto* á la que habiendo nacido en humilde condicion llega por un golpe de la fortuna,—que tiene golpes sumamente cómicos y peregrinos ocurrencias,—á una posicion que nunca pudo imaginarse, y se encuentra metida de pronto en la que se llama escogida sociedad, buena sociedad, sociedad *d'élite*, gran mundo, mundo elegante y otras hiperboles por estilo, inventadas por los que cifran toda la distincion en saber llevar el frá, hacer cuatro cortesías ó figuras de rigodon, y entretener á las señoras, hablándolas de todas aquellas cosas mas tontas y superficiales que puedan imaginarse, mezclando en la conversacion unas cuantas palabras en francés y alguna en inglés,—lo cual da cierto *chic*: á la conversacion, completamente incomprendible para los profanos.

La señora de pronto puede haber sido, pongo por caso, criada de servicio, que habiendo servido leal y fielmente á los señores, se casa con el señor, al año de haberse muerto la señora, y pasa desde la cocina al gabinete, y trueca la escoba y el plumero por el abanico y los guantes, y ya no vá los domingos á Chamberí, lugar que no quiere volver á ver porque le recordaria aquellas manchegas que bailaba en otro tiempo con alguno de los muchos *primos* que tenia en la guarnicion ó las *palabras* que por uno de ellos tuvo un dia con el ama de cria del marqués de la Trampilla, lucha descomunal en que la nodriza perdió el moño y ella no perdió nada, pero recibió seis azotes en medio de... un corro de curiosos que celebraron grandemente el espectáculo; vá, en lugar de Chamberí, al paseo de Recoletos con su esposo; y luego no entra á tomar el vaso de horchata *helá* en la estereria de la plazuela, sino en el café de la Iberia, donde toma con mil trabajos un sorbete de todas frutas, soplando á cada cucharada como cuando come en casa la sopa hervida que tanto le agradece el estómago.

Convertida en señora la criada, no hay criada en su casa que la sufra, porque como ella sabe por experiencia propia, las mañanas de las del ramo, no es fácil que se le escape nada; ni las sisas, ni las porquerías que se hacen en la cocina, ni las habladurias con la portera, y otras costumbres propias de la gente que sirve... más de estorbo que de otra cosa.

Y sobre todo, está ojo avizor para que no sufra detrimento la fidelidad que le ha jurado en el altar su antiguo amo, que ya sabe ella cómo una criada gana la voluntad de un señor, por lo cual tampoco permite en su casa criada que tenga buen ver, conocida como tiene la afición de su marido á la cocina y á las cocineras.

La señora de pronto quiere tratarse con mucha gente, se ofende si su marido la deja en casa ó no le permite recibir á sus amigos y conversar con ellos, y aunque se lo prohíba terminantemente, no puede quitarle la costumbre de ir á la puerta apenas oye la campanilla y enterarse de quién llama; y si su marido está con algun amigo en su despacho, á lo mejor entra ella, que cuando vió entrar al segundo, fué á ponerse el vestido escotado y acaso los guantes, y de esta manera toma parte en la conversacion, y la echa de señora, diciendo cada barbaridad que es cosa de taparse los oídos, como por ejemplo:

—V. me ha de *predonar* que entre así con este vestido de estar en casa, pues está una *sofoá* con esta calor.

—Anoche estuvimos en el *trato rial*; la cantarina lo hace muy bien; tiene una voz que *paace* propiamente una *fraulta*.

—Vaya, *diquia* luego, que Vds. tendrán que *habrar*; que no *hai-ga novedad*, D. *Gurmesindo*, á los piés de *ustez*.

Y se queda tan satisfecha.

El hombre que se casa con una de estas mujeres, no tiene hora segura; donde quiera que esté tiene que tener el alma en un hilo, y cada vez que su mujer abre la boca le pasa lo mismo que si estuviera delante de una mula falsa; teme que la señora suelte una coz.

En el vestir es estremada, y si se lleva la cola de media vara ella la ha de llevar de vara y media, y lo que estima mas elegante es un traje en el que puedan entrar todos los colores conocidos, y no irá ella á ninguna parte sin los guantes amarillos y sin las *purseras*, como ella dice, y el *comafeo* con el retrato del abuelo de su esposo, que se lo encontró entre las alhajas de la difunta señora, y lo lleva porque el abuelo está retratado con uniforme de teniente de provinciales y ella dice que es el retrato de su papá.

El marido de esta mujer acaba, si es hombre pusilánime, de una manera trájica.

Se vuelve imbécil; postrado, aturdido, anonadado por los golpes que dá al sentido comun su consorte y que él los recibe, se aísla, se mete en casa, se convierte en un huron, y así, á disposicion por completo de su mujer, espera la hora de la muerte, con el consuelo de que la amante esposa ha ofrecido *embarsamarle*, si hace testamento en su favor.—Además, el pobre hombre ha tronado con toda su familia, que le califica duramente por el hecho de haberse casado con la criada, y sino le llama tonto de capirote, le llama hombre sin vergüenza y encanallado.

¡Terrible expiacion del inocente que se enamora de manos habituadas al escobon y á los pucheros!

Si el marido no es un pobre hombre, como suele ser por lo regular el que se deja pescar por su criada, emprende y sigue con perseverancia la educacion de su compañera y le dá lecciones oportunas de maneras y de lenguaje para que no haga mal papel en sociedad, y si no logra sacar todo el partido que desea, toma él el suyo y evita todo lo posible que su mujer se ponga en ridiculo y le ponga á él, alejándola del trato íntimo de las personas distinguidas, y si no, intimándola orden formal de estar callada y contentarse con enseñar los dientes, si los tiene bonitos, y decir *sí* y *no* como Cristo nos enseña, sin meterse en mas dibujos.

No es tampoco muy lucido que digamos el papel que hace una señora que tiene que estar callada para que no se le vaya la bura, como quien dice, y contesta á todo con tímidos monosílabos, y mucho será que si al fin se decide á hablar, no diga, despues de haberlo pensado mucho, una barbaridad, como por ejemplo:

—Mañana salimos para *Bilbado* en el tren *corredo*; vamos á unos baños *surfuriosos* que son muy buenos para el *frato*, con perdon de Vds.

O si nó:

—Mi *ñeta* tiene una *irucion* que está hecha un *mostra*.

Señoras hay que, sin haber sido criadas de servicio, y perteneciendo á la clase media, se producen tambien con deplorable y

valiente incorreccion, y se ven en gran apuro cuando tienen que alternar con personas que han recibido esmerada educacion.

Esta es tan absolutamente precisa, que tienen gravísima responsabilidad los padres que se la niegan á sus hijas, haciéndoles acaso para el porvenir un gran daño,—porque una mujer, por humilde que sea su condicion, puede llegar á tal posicion, que tenga que llorar amargamente la falta de esa buena educacion indispensable.

Nada hay mas feo que una mujer bella, elegante, distinguida, esposa de un hombre de posicion y de talento, y que á lo mejor suelta palabrotas dignas de una palurda ignorante; por bella que sea, esa falta, la enajena muchas simpatias y la puede hacer la fábula de la corte, que repite con grandes carcajadas las palabrotas reñidas con la gramática y el buen gusto con que la señora ameniza la conversacion.

¡A cuántas señoras de gran posicion he oido yo decir: *haiga Correspo diencia, valsear, rision*, (por *irrision*), *Getrudis, amabilidad*, etc., etc!, que seria interminable este articulo, si fuera á hacer mencion de todos los desatinos que dicen señoras muy encopetadas.

Estas señoras llegan, por la buena suerte de sus maridos, á las primeras posiciones, á las mas codiciadas por todas las mujeres, y parecen unas señoras de pronto, aunque siempre lo hayan sido, y por mas cuidado que pongan en corregirse, conociendo los deberes de su posicion, siempre asoman la oreja cuando menos lo piensan y acaso cuando mas cuidado ponen y con mas esmero miden sus palabras.

Nada cuesta á los padres educar bien á sus hijas; no es preciso, si no tienen posibles para ello, que les enseñen idiomas extraños, pero enseñarles el propio es un deber ineludible, porque á cualquiera se le puede dispensar que no sepa saludar en inglés, pero que no sepa tampoco el idioma de su patria es demasiado abandono.

Tambien es preciso educarlas en el buen gusto, que no es la afectacion y el lujo desenfrenado, sino todo lo contrario; el buen gusto consiste en vestir sencilla y modestamente; esta es la verdadera elegancia y no llenarse de flores, collares, pedrerias, diamantes, plumas, encajes, y todo linaje de exajerados adornos, con los que parece que se va diciendo á la gente:

—¡Mira qué rica soy!

Señoras hay que llevan encima una riqueza y van hechas verdaderos mamarrachos á quienes no se puede mirar sin sonreirse, y otras, cuyo tocado vale una centésima parte, van elegantísimas y encanta su presencia que respira buen gusto y distincion.

Defecto es ese en que incurren muchas que se encuentran por azar en una no soñada posicion, y no incurrirían en él si hubieran recibido una educacion conveniente, habiendo previsto sus padres la eventualidad de que la fortuna las llevase á esferas elevadas.

La buena educacion, repito, no cuesta nada; con un poco de buena voluntad evitan los padres carifiosos que la gente se ria de sus hijas y que se las llame señoras de pronto, y que otros escritores con mas gracia y mas sal y sandunga que un servidor de ustedes, las censure y satirice, proporcionando un rato de solaz al malicioso leyente, que en seguida recordará las señoras de pronto que conoce y se reirá de ellas á su sabor.

CONFERENCIAS PARA LA JUVENTUD. (1)

(Conclusion.)

—¿Y cuál es ese tercer enemigo?

—Poco á poco; ya te he dicho que estás rodeado de ellos y que á todos los puedes vencer; la entrada de este nuevo adversario en

(1) Véase el número anterior.

LA HERENCIA DE UN CÓMICO.

por

PONSON DU TERRAIL.

Continuación.

—¿Y los extraños fantasmas que encuentro á mi paso, ó mejor dicho, ese eterno fantasma de mi padre que veo siempre, y cada vez bajo una apariencia distinta?... —

Y todos esos hombres, que todos se parecen á mi padre, no tienen, sin embargo, nada de comun con mi padre.

El doctor Sarracin es el doctor Sarracin, y vive en Paris hace cuarenta años; todo el mundo le conoce en la calle de Lille... No puede ser mi padre.

El otro doctor, mi amigo, mi ángel malo, pretende que estoy loco.

Debe tener razon; mi imaginacion extraviada es la que me hace encontrar á mi padre en cada uno de esos desconocidos.

En tanto que Samuel hablaba así, sintió llamar discretamente á su puerta.

Era el doctor.

—Entrad, doctor, dijo Samuel que no habia notado al principio el cambio que este habia operado en su toilette. En efecto, el doctor habia abandonado el traje parisien.

Habia dejado el sobretodo oscuro y el pantalon gris del hombre que vá al campo para volver á tomar el largo redingot azul de un buen habitante de Manheim ó de Stuttgart.

Llevaba botas forradas, y en la mano una manta de viaje arrollada y sujeta por una correa.

—¿Cómo! exclamó Samuel, ¿á dónde vais?

—Me marcho.

—¿Partís?

—Sí, me vuelvo á Alemania.

—¿Pero estais loco?

—De ningun modo.

Samuel creia soñar.

—Veamos, mi querido doctor, dijo, explicaos.

—Con mucho gusto.

la habitacion vá á darte un nuevo placer complicando el combate, y mostrándote la sabiduria del hombre bajo un nuevo punto de vista. Antes leias en el Bufon la historia de un elefante, me parece...

—Sí, señor.

—¿Te acuerdas del modo que emplean los indios para apoderarse de los elefantes salvajes?

—Sin duda, porque me ha parecido muy original é ingenioso.

—Se sirven de otros elefantes cojidos los dias anteriores á los que llevan al bosque. Los elefantes salvajes vienen durante la noche á unirse á sus camaradas; y cuando estos, cazados ya, vuelven á la poblacion, los otros por un sentimiento de amistad ó de hermandad los siguen humildes y contentos. Y no te rias, oyéndome atribuir sentimiento á los elefantes, porque estos animales son de los mas inteligentes y sensibles que Dios ha criado, como en compensacion de su deformidad.

Pues bien; lo mismo hace el hombre con esos terribles enemigos de que está rodeado. Reduce y vence al uno por medio del otro, y la mútua lucha de sus enemigos les dá mas fuerzas para vencerlos. Cada uno de sus enemigos viene á ser su servidor, no solo por los servicios que le presta, sino por los que les hace á los demás que le presten; así es que el agua nos ayuda á extinguir el fuego; el fuego hace servir para muchos usos útiles el agua, calentándola; y para vencer al fuego y al humo hay, como te he dicho, otro tremendo enemigo, que ahora le vas á ver reducir al uno y librarnos del otro.

—¡Ah! sí, el aire, exclamó el niño.

—Tú lo has dicho, el aire es. El aire, encerrado en un fuelle activa el fuego; el aire, encerrado en una chimenea, echa fuera el humo. Pero ¿quieres ver una prueba mas evidente del imperio del hombre sobre el fuego?

—Sí, sí, padre mio.

—Pues bien, toma un fósforo.

—¿Un fósforo?

—¿Conoces algo mas maravilloso que estas cajitas que ponen el fuego y la llama á nuestra disposicion? Los antiguos llamaban á Júpiter Dios del fuego; una cerilla merece este nombre mejor que Júpiter.

Me detuve á estas palabras, impresionado y casi conmovido por la actitud de mi hijo. Cuando empecé á hablar, habia cojido el chico maquinalmente una caja de fósforos, y distraido rompía algunos, escuchándome; pero á medida que mis palabras iban llamando su atencion sobre esos útiles objetos, rompía menos cerillas; una sola le quedaba en la mano, y cuando hube acabado, la volvió á colocar intacta en la caja; habia aprendido á respetar lo que representaba un poderoso esfuerzo de la inteligencia del hombre.

Despues de algunos instantes de silencio, me preguntó:

—¿Y qué mas enemigos hay?

—No hay mas.

—Sí, aun hay mas, estoy seguro.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Lo conozco en su cara de V.; todavía conoce V. otro enemigo.

—Te engañas, hay otros dos.

—¿Tan temibles como el agua y el fuego, y tan útiles?

—No sé, pero por lo menos tan extraordinarios y de mas difícil conquista.

—¿Cuáles son?

—Adivinalo.

—¿Están en este cuarto?

—Sí.

—¿En qué lugar?

—Uno oculto y el otro en todas partes.

—¿Le veo?

Y el doctor se sentó.

—Mi querido amo dijo, os voy á decir todo mi pensamiento. Yo os he seguido paso á paso durante un año. Me pareciais un verdadero descubrimiento para la ciencia. Un hombre sin corazon, valiente, impio, escéptico, hollando con los piés el respeto que se debe á los muertos y los méritos de los vivos, que se rie del amor, del honor y de la probidad... Todo esto era he moso muy hermoso, demasiado hermoso para ser verdad, os habeis mentido á vos mismo y me habeis mentido á mí: por consecuencia, no sois nada de todo esto.

—¿Cómo! ¿doctor!

—Sois un fanfarron de vicios, un buen hombre ridiculo.

—¿Doctor!

—Dejadme acabar.

—Supersticioso como un aldeano, enamorado como un estudiante... y digno de piedad, en una palabra.

—¿Doctor!

—Por consecuencia, no teneis necesidad de mí. Yo no soy un confidente de tragedia, y tengo pocas ganas de veros derramar lágrimas y lanzar suspiros amorosos...

Samuel saltaba sobre su asiento.

—¿Doctor, exclamó, tened cuidado!... calumnias á Raquel.

El doctor contestó lanzando una carcajada:

—Sois un niño, dijo. Adios.

Y dió un paso hácia la puerta dejando á Samuel aterrado.

Peró en el momento de pasar el umbral, se volvió y dejó caer de sus labios estas frases:

—Creedme á mí, buscad á Eva por todas partes, casaos y vivid hecho un Labrador. Este es el único porvenir de vuestra incompleta naturaleza. Lovelace y D. Juan os conocerian al primer golpe de vista.

Y el doctor se marchó, siempre riendo.

Samuel lanzó un grito de cólera y de dolor, pero no tuvo el valor bastante para correr detrás del doctor.

Y largo tiempo todavía quedó abismado en su delirio, soñando con Raquel execrando á Singleton, y sin apercibirse de que despues de la partida del mefistofélico doctor, un nombre asomaba á sus labios:

¡Eva!

—Todos los dias.

—¿Y ahora?

—No, pero lo percibe otro de tus sentidos.

—¿Mi oido?

—No; busca, busca.

—¿Dónde pueden estar? En todo caso, no pueden ser enemigos muy peligrosos cuando no los conozco.

—Los dos te podrian matar en un segundo.

—¿Sí?

—Ayer mismo, en la casa inmediata, murieron cuatro personas atacadas por uno de esos enemigos.

—¿Es un enemigo indomable?

—No; pero un olvido, un momento de descuido, una negligencia, una ligereza bastan para que despliegue todo su furor en toda su fuerza, y descargue sobre nosotros sus irresistibles golpes.

—¡Ah! nómbremele V.

—Escucha. ¿Te acuerdas de un grabado inglés que vimos el otro dia que representaba unos pobres niños de poca mas edad que tú, que pálidos, flacos, enfermizos, y atados por la cintura, en una bóveda sombría mas baja aún que su estatura, tiraban de un carro lleno de piedras negras?

—Si que me acuerdo; eran unos niños de los que trabajan en las minas de carbon.

—Justamente, y no conozco palabra que represente mas sufrimiento y trabajo que esta terrible palabra; las minas.

¿Qué suspiro hay mas triste que la frase: *¡Salud arriba!* (1) con que saludan los mineros alemanes al que encuentran en sus bóvedas subterráneas! La privacion de la dulce claridad del dia, que es la riqueza del pobre, no es, sin embargo, el único sufrimiento del minero, y sobre todo del minero de carbon; el aire que le falta, aquellas bajas y estrechas galerias por donde tiene que andar siempre encorvado, todo esto no es nada comparado con el terrible riesgo que corre en las entrañas de la tierra. Algunas veces por la mañana, bajando por las escalas de 600 metros, el obrero llega al lugar de su trabajo, se siente desvanecido por un olor penetrante é infecto; sécase su garganta; se abrasa su cerebro, y de pronto se oye una explosion formidable. Las paredes se rompen, las bóvedas se abren, las galerias se hunden, y el obrero...

—¿Muerto?

—Sí, muerto, hijo mio.

—¿Y qué es lo que produce ese desastre?

—Ese desastre lo produce el gas que te alumbró é ilumina las calles y los paseos.

¿Conoces algo mas grande?

El hombre sabe que ese gas le asfixia, le abrasa, le mata, y sin embargo no vé mas sino que ese gas le alumbró. Ese gas es el rayo y el hombre le hace ser la luz, y le lleva á las ciudades y á las casas, y hace correr por tubos de hierro esa llama azulada, siempre mortal, y que la naturaleza parecia haber escondido en el centro de la tierra como si fuera un monstruo, como si fuera el espíritu de las tenebrosas é infernales regiones. Aun debo hablarle de otro enemigo. No te diré mas que una palabra, pero que te explicará todo su poder. él es el que produce el trueno, y su nombre es la electricidad. Pues bien, piensa que el hombre introduce la electricidad en su habitacion misma para hacerla una mensajera que lleve sus palabras, ó una campanilla que llame á sus criados, y comprenderás que en nuestra época, un niño como tú, sentado tranquilamente al lado de la chimenea, es un ser tan extraordinario como los mas famosos héroes de la antigüedad como Orfeo y Hércules que iban siempre seguidos de leones y tigres prisioneros, porque tú vives en medio de enemigos mas terribles

(1) Sluckaüf.

X.

Sin embargo, Samuel no ha roto con la condesa. La bella Raquel le ama siempre.

Por la mañana todavía, habia respirado su aliento, sus manos se habian unido, y ella le habia dicho: «Hasta la noche...»

¿Por que, pues, esta tristeza?

¿Por qué esa nube que cubre la frente del antiguo estudiante de Heidelberg?

Se diria que era un amante dichoso, al verle atravesar el boulevard con paso desigual y bruseo, y con las cejas fruncidas...

Son las diez de la noche; el boulevard se encuentra iluminado por las luces de gas. Samuel se dirige hácia la calle de la Arcade.

Esta calle se estiende por detrás del jardin de la condesa. Allí se encuentra una puertecita de la cual tiene Samuel la llave.

Peró esta vez introduce vanamente la llave en la cerradura.

¿Habrán puesto por detrás algun obstáculo misterioso?

La puerta resiste.

Entonces Samuel, lleno de un súbito coraje, dá la vuelta, llega á la calle de Anjou y llama á la gran puerta del palacio.

Pasa fiero y amenazador dando un nombre cualquiera al suizo que se halla de pié delante de la puerta.

El suizo saludó y sonrió con aire malicioso.

Un lacayo estaba en el primer descanso de la escalera.

—La señora condesa ha salido, dijo á Samuel.

—¿A dónde ha ido?

—Lo ignoro, caballero.

—Está bien, la esperaré.

El criado se inclinó, y Samuel entró en el Hotel con el paso de un hombre á quien se le han dado ciertos derechos, y se dirigió al gabinete de la condesa.

Un gran fuego brilla en la chimenea; un libro se hallaba abierto sobre un velador. Sobre este libro habia un billete.

Este billete, del cual habia reconocido la letra, estaba dirigido á Samuel.

Y Samuel le abrió precipitadamente.

(Se continuará.)

que los animales mas feroces, y haces más que tenerlos sujetos, porque los obligas á que sirvan á tu voluntad y satisfagan todas tus necesidades.

DEL ATEISMO. (1)

I.

¿Existe Dios?

Mi razón, imparcial, desinteresada, agena á todo genero de preocupaciones, me contesta afirmativamente.

Mas suponiendo que mi razon se hallase extraviada ¿podria es-
tarlo la de la humanidad entera al adorar en todos tiempos
y lugares á un ser omnipotente, Hacedor de cuanto ha sido
creado? Cerca de dos mil años hace que un gentil, la perla de la
elocuencia romana, el ilustre Cicerón, dijo que «no hay pueblo,
por estúpido y fiero que sea, que aún cuando ignore qué dios de-
ba de adorar, no adore alguno: *nulla gens est, neque iam barbara,
neque tam fera, que etiansi ignoret qualem deum habere debeat, ta-
men habendum nes iat.* El hombre esclavo, siervo, colono, propieta-
rio, patriarca, sacerdote, juez, rey, dictador, presidente; en su es-
tado salvaje, cazador, pastor, agricultor, industrial, comerciante,
conquistador, legislador, político, científico; en el campo como en
la choza, en la choza como en el aduar, en el aduar como en la al-
dea, en la aldea como en la villa, en la villa como en la ciudad y
en la ciudad como en la nación; en la India y en el Egipto, en Per-
sia y en Fenicia, en Grecia, en Roma, en la Germania, en toda la
redondez del orbe ha reconocido por siempre el principio de la Di-
vinidad. Y sabido es, cómo juiciosamente observó el citado orador
republicano, que el asentimiento de todas las gentes acerca de
alguna cosa, debe considerarse como ley de la naturaleza: *consens
sus omnium gentium de aliqua re, lex natura putanda est.*

Pero, dado caso que desde el principio hasta el presente la hu-
manidad se hubiera equivocado, ¿se habria equivocado tambien
la naturaleza, á pesar de sus leyes eternas é inmutables?

Samajante suposicion seria de todo punto inconcebible.

El cielo en sus nubes, la tierra en sus montañas, el mar en sus
olas, el volcan en su lava, la primavera en sus flores, en sus espi-
gas, el estío en sus racimos el otoño, el invierno en sus nieves, la
noche en sus tinieblas, el día en sus resplandores, el trueno en su
estampido, el rayo en su fulgor, el ave, el pez, el reptil, la vida, la
muerte, nuestro cuerpo, nuestra alma, el tiempo, el vacío, la eter-
nidad, la inmensidad, todo, absolutamente todo, está probándo-
nos la existencia del *Causa causarum*, de un Hacedor, bajo cuya
mano gira el mundo.

Dios existe.

Quiero dudar y no puedo; quiero negar la existencia divina y
no hallo base en que fundar mi negacion.

¿Un qué punto de apoyo se sustenta esta máquina sobrehuma-
na, cuyas ruedas veo girar arriba y abajo, de frente y á los lados,
fuera de mí y dentro de mí? ¿Quién ha formado todo esto, que ad-
miran mis sentidos y mi cerebro apenas acierta á comprender?
¿Quizás el caos, como supuso ya Epicuro? El sentido comun re-
chaza tal ensueño. ¿Acaso la materia? La ciencia ha demostrado
hasta la saciedad que la materia, por sí, ni ha creado, ni puede
crear nada. Como observó hace veinte siglos Ovidio, la materia no
hace otra cosa que cambiar de forma, modificarse; por eso se dice
que una cosa nace cuando empieza á ser lo que no era, y muere
cuando deja de ser lo que era. ¿Y quien ha inventado la materia?
¿De dónde han salido los cuerpos simples? ¿Por ventura los ha
dado el ser en maravillosa retorta algun trasnochado nigromante?
¿La facultad de pensar, la conciencia de nuestras acciones, el sen-
timiento intuitivo de la Divinidad, han sido producto del cloro,
del fluor, del intrógeno ó de algun otro cuerpo volátil? ¿Tal vez
son el resultado de nuestro organismo, de la particular colocacion
de nuestros huesos? Pero ¿de cuándo acá un hueso es fuente del
espíritu?

Incrédulo, que niegas á Dios, ven aqui, siéntate á mi lado y
disipa la duda en que has querido sumir mi inteligencia. Yo soy
mas despreocupado que tú; como tú voy en busca de la verdad;
no invoqué la revelacion en mi apoyo; ni siquiera te cito la frase de
Bacon de que «nadie niega que hay Dios á no ser el que por sus
maldades está interesado en que no le haya,» ni aquella otra de
Voltaire de que «si Dios no existiera, seria preciso inventarle; «soy
racionalista, y racionalmente deseo que me expliques la afirma-
cion de la negacion que te has atrevido á lanzar de tus lábios.

¿Por qué callas? ¿Porque no sabes qué responderme? Y si no
sabes, ¿por qué afirmas?

¿Desventurado! Tu humillacion debiera de ruborizarte.

No te maldigo; te compadezco. ¿No he de compadecerte, quan-
do mi razon despreocupada, la humanidad, la naturaleza, el sen-
tido comun y la ciencia están proclamando á voz en grito la gran-
deza del Omnipotente, á la vez que tu orgullo de Satanás y tu pe-
queñez, insignificancia y raquitismo?

¿Quién como Dios ha de ser nuestro númen, nuestro consuelo,
la brújula que acertadamente nos guía en las tempestades de la
vida? Dios flota en el eter; el hombre flota en la materia, teniendo
por norte el espíritu, cual Dios eterno é infinito. El día en que
por nuestras virtudes nos asemejemos á Dios, como una copia bien
hecha á un cuadro original, habremos realizado nuestro ideal sobre
la tierra.

¿Criatura formada á imagen de tu Criador! Si sufres, si eres
desgraciada en esta vida, ¿preferirás la vala de un revolver á la
dulce esperanza de un Dios, que recompensará tus sufrimientos
con una gloria incommensurable y sin fin? ¿Débil gusano de la tier-
ra! ¿Nada te prueba el arrepentimiento de la mayor parte de los
ateos en la hora de la muerte, en aquellos instantes supremos en
que el sol de la verdad irradia sus últimos y mas brillantes des-
tellos en el cielo de la inteligencia? ¡Oh! No des más tiempo abier-
gue en tu pecho á la ingratitud, pasion de los ángeles malditos;
despierta del letargo en que yaces; abandona el mundo de insen-

satas preocupaciones en que vives; abre los ojos y verás; abre los
oídos y oirás el lenguaje de tu pensamiento, el grito de tu propia
conciencia, que Jehová te concedió para diferenciarte del cua-
drúpedo y para que, reconocido y sumiso, inclinaras con humildad
la frente ante Aquel, que ha sido, es y será por siempre la belleza
en el arte, la sabiduría en la ciencia, la omnipotencia en la volun-
tad, el orden en el caos, la luz en las tinieblas, la vida en la nada,
un océano sin playas, un abismo sin fin, la eternidad en el tiem-
po, la inmensidad en el vacío.

II.

NECESIDAD DEL SENTIMIENTO RELIGIOSO.

—Pero la existencia de Dios,—oigo exclamar á alguno,—no im-
plica la necesidad de las religiones. No sabiendo cuál de éstas es
la verdadera, todas están demás por innecesarias, bastándonos los
principios de la moral para gobernarnos dignamente.

¿Qué extravió!

Repito que soy muy despreocupado; que nada me asusta ni
espanta; mas precisamente por lo mismo, semejantes afirmacio-
nes concluyen de convencerme de dos cosas, de que tiempo hace
comenzaba á estar convencido: que no hay barbaridad que no ha-
ya sido dicha por algun filósofo, ni embriaguez como la embria-
guez revolucionaria.

Mala es la borrachera del vino, peor la del tabaco; pero es peor
aún la borrachera de la libertad.

Arrojemos de nuestro cerebro los malos espíritus; discutamos
como hombres; no gritemos como beodos.

Admitida la existencia de la Divinidad, es de todo punto in-
dispensable admitir la necesidad del sentimiento religioso. La ne-
gacion de este principio seria ilógica, irracional, absurda.

Dios, infinito amor, nos quiere tanto que solo porque realizá-
ramos en el mundo la divina ley del progreso y llegáramos á ser
felices, saltó de su única esencia necesaria, creó de la nada el uni-
verso, y formó á Adán á su imagen y semejanza, para que como
ser libre fuese bueno, como inteligente sabio, como sensible agra-
decido á su Hacedor Omnipotente.

De modo que en mostrarnos agradecidos á nuestro Hacedor,
en profesar una religion, escriba el primero de nuestros deberes.

Porque el hombre no solo vive para comer, beber y dormir
como el bruto. Está dotado de un brazo para luchar por su liber-
tad, de un cerebro para mirar por el bien de sus hermanos y de
un corazon para amar á Dios y adorarle; y, desde que la luz de la
razon le ilumina hasta que la oscuridad de la muerte le sorpren-
de, debe de emplear estas tres grandes palancas en beneficio del
progreso. ¡Ay de aquel que abuse de tan hermosas facultades y á
sabiendas las prostituya!

Si la negacion de la existencia de la Divinidad es de todo pun-
to ridícula, mayormente es ridícula la negacion de la inmortalidad
del alma, concebida por el instinto del sentido comun, demostra-
da por el testimonio de la razon, que presupone un premio y un
castigo de ultra-tumba.

Aproximamos al cadáver de vuestra madre, de la mujer á quien
habeis amado mas en la vida, de aquella que os llevó en su vien-
tre y os enseñó á modular lo primera oracion al Dios de la justi-
cia ¿No sentís en vuestro ser un estremecimiento inexplicable,
cual si una corriente eléctrica hubiera sacudido vuestros nervios?
¿Siente semejante estremecimiento el buey ó el asno ante los in-
dividuos de su familia? ¿Los conoce siquiera? Luego algo hay en
nosotros de sobrehumano, de inmortal, que nos diferencia de los
animales irracionales. ¿Por qué un puñado de huesos y tejidos,
que muy pronto ha de descomponerse, nos recuerda instintiva-
mente las sombras que se estienden mas allá del sepulcro? Por-
que dentro de nosotros hay una cosa que nos diferencia del asno
ó del buey, porque dentro de nosotros existe el alma, á cuyo des-
tino futuro no puede alcanzar la moral, de cuya felicidad eterna
é infinita solo nos puede hablar la religion.

Hora es ya de que dejemos de burlarnos como chiquillos y de
que pensemos como hombres. La moda de la irre ligion ha pasado
de tal manera, que al ver á un incrédulo recuerda uno espontá-
neamente á Voltaire, á aquel genio de la impiedad, á aquel gran
filósofo, tan morigerado en sus costumbres cuanto irreligioso en
sus ideas, que tanto daño procuró hacer al cristianismo y que al
mirarse en el lecho de la agonía, clamaba á gritos por un sacerdo-
te que le hablara de la otra vida.

¿Y cómo no, cuando la moral es de suyo impotente y secun-
daria?

La religion es la causa; la moral el efecto. Ambas tienen un
mismo objeto; el hombre, un mismo medio, el cumplimiento de
nuestros deberes, y respectivamente un mismo fin, nuestra felici-
dad en este mundo y en el otro. Son como dos círculos concén-
tricos, aunque con radios diferentes.

Y teniendo un centro comun, iguales objeto, medio y fin, ¿ha-
bian de vivir separadas? Seria una moral á medias.

Resulta, pues, que la verdadera moral necesita fundamentarse,
no en los principios de cualquiera religion, sino en el dogma de la
religion verdadera.

De lo contrario, siendo todas las religiones iguales, habriamos
de rechazar como falsa ó admitir como buena la moral de todas
ellas, viéndonos en el primer caso obligados á combatir como in-
sociables é inicuas las máximas del cristianismo, y en el segundo
precisados á defender como sanas y dignas la adoracion del buey
Apis de los egipcios, el ojo por ojo y diente por diente del judaís-
mo, las bacanales de los gentiles y las hecatombes de sangre hu-
mana ante los ídolos de los antiguos mejicanos, igual que la co-
habitacion con cuantas mujeres pudiera uno mantener, segun los
textos musulmanes.

ABDON DE PAZ.

CASCABELES.

El día 8 se presentó un caballero en las oficinas de la Inclu-
sa de esta capital y entregó al rector del establecimiento la suma
de 60.000 rs. para las necesidades de los niños espósitos, negán-
dose á tomar recibo y á revelar su nombre.

Todos los periódicos han publicado esta noticia.
Aún hay en el mundo quien se acuerde de los pobres.
De fijo que el caballero á quien se refiere este suelto, no va á
clubs, ni manifestaciones, ni forma partidas, ni intriga para que
le den empleos.

El ministro de Hacienda ha retirado el impuesto de capitacion,
protestando antes de que es una cosa buena.
Pues que le aproveche á S. E.

Los ministros se han adjudicado en el teatro Nacional de la
Ópera el palco que fué Real.

Es lógico; son los siete reyes que hay ahora.
Luego se lo cederán á Tomasito, que vendrá cuando la rana
crie pelo.

En Francia, tan adelantada en artes é industria, ganan terreno
las ideas proteccionistas.

Y aqui diez ó doce flamantes economistas tratan de dar á la
produccion nacional el más terrible golpe con sus impaciencias
libre-cambistas.

Un periódico progresista dice:
«Necesitamos gobierno.»

Esto es lo mismo que decir al que hay que se vaya porque con
este gobierno la verdad es que no hay gobierno.

Hay periódicos que están muy inquietos y asi como recelosos
porque los regimientos van á misa.

¡Válgame Dios! ¿quién habia de creer que habiamos de llegar á
tiempo en que se censurase una costumbre religiosa tan en armo-
nia con los sentimientos del soldado español?

Quisiera yo saber cuántas cruces y cintajos se han repartido
ya los personajes democráticos que dirigen el cotarón.

Por supuesto que si viniera, que no vendrá, el de Génova, se
harian todos los que aún no lo son, marqueses, duques, condes,
barones, principes y señores de horca y cuchillo.

Son muy llanos.

Un periódico, hablando de otro de los muchos que defienden á
Montpensier de los groseros y soeces insultos de que viene siendo
objeto desde la revolucion, tolerados por el gobierno que se alar-
ma cuando se dice una broma á propósito del chico de Génova,
dice:

«Un periódico dependiente de Montpensier.»
Como El CASCABEL tambien defiende al señor duque de Mont-
pensier, aunque el colega no se dirige á nosotros, debemos decir
que nosotros no dependemos de nadie mas que del público que
compra nuestro periódico, no dependemos siquiera del gobierno
como la mayoría de los defensores de Génova, ni hemos tenido
destino nunca, y lo tendríamos seguramente si quisiéramos de-
fender al genovés (antes romperíamos la pluma en cien pedazos),
ni queremos otra cosa que orden, paz y medios de vivir con el
trabajo, cosas todas que no dá, ni creemos que puede dar el Ex-
celentísimo Sr. D. Juan Prim y Prats.

Dice un periódico.
«Anteayer á las cinco de la tarde fué hallado en una de las ca-
lles de esta capital por un guardia del Ayuntamiento, un papel que
contenia una oreja y un trozo de garganta de una persona, sin
que se haya podido saber su procedencia.

El juzgado competente entiende en el asunto.»
Pues señor la cosa dá que pensar.

Tirar las orejas envueltas en un papel á la calle, nos parece una
cosa demasiado grave, aún en tiempos progresistas.

Probablemente estará en eso la mano oculta de algun alumno
de la sala de disecciones.

Se ha mandado que las direcciones generales del Patrimonio
que fué de la Corona y propiedades y derechos del Estado, se
pongan de acuerdo acerca de la forma y modo de deslindar los
bienes que se destinan al recreo y servicio del rey, asi como los
que por su carácter monumental ó artistico deben exceptuarse de
la enagenacion.

Paréceme á mí que si viene el chico, bastará para su recreo un
tio vivo, un columpio, un caballito con ruedas, los cochecitos de
la plaza de Oriente y los domingos dos cuartos de piñones y una
pedrecita para partírllos.

Estos progresistas y demócratas que mandan ahora, todos
hombres modestos y despreocupados, se cuelgan todas las gran-
des cruces que pueden.

Dentro de algun tiempo, cuando se hable de un hombre de es-
peciales méritos y circunstancias se dirá:

«Era un hombre como pocos; no tuvo ninguna cruz mas que
la de su mujer, si acaso.»

Decididamente, lo bufo en el teatro vá de capa caída.
El publico ha empezado ya á silbar y parece dispuesto á se-
guir.

Lo mismo sucederá con el género bufo político que hoy do-
mina.

Ya dicen que tiene 178 votos en pró el duque de Génova para
rey de España.
Y cerca de unos diez y seis millones en contra.

(1) En los momentos actuales «n que tanto se ataca el sentimiento religioso, creemos
de suma oportunidad la publicacion de los dos siguientes capítulos de la brillante *Defen-
sa del catolicismo* de Abdon de Paz, cuyos ejemplares se hallan de venta al precio de dos
reales en casa del autor, Jaco netrezo, 67, tenero, y en la Administracion de este peri-
ódico.

